

Recreemos nuestros vínculos

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 143 – 4 de mayo 2020



Izq.: Hermano haciendo la compra (Santiago de Chile).
Dcha.: Hermano celebrando la unción de enfermos en Bagong Silang (Filipinas).



Queridos hermanos:

Escribo esta carta desde Chile, donde junto con Fernando Cordero, nos encontramos confinados a causa de las restricciones que nos ha impuesto el coronavirus. Leerán esta carta probablemente en las mismas condiciones de restricción de movimientos y de encuentros. Algunas comunidades como Teteringen, en Holanda, afectadas fuertemente por la muerte en pocos días de varios de nuestros hermanos, o de familiares cercanos; otras resintiendo la falta de visitas y contactos familiares, pienso en las comunidades principalmente de hermanos mayores o en las casas de reposo o en los hospitales o los hermanos que se encuentran en hospitales.

Nunca nos imaginamos tal vez vernos de esta manera, aislados unos de otros y, a la vez, tan estrechamente cerca "bajo el mismo techo", confinados en nuestras casas y comunidades y tan sensibles a las necesidades materiales, de vínculo, de contacto de los demás y también las nuestras. Las indicaciones que recibimos constantemente: "quédate en casa". Tal vez, nunca antes hemos sido tan sensibles a la vida doméstica de nuestras comunidades como también a la necesidad de respiro de nuestra casa común, el planeta. Y, todo ello, atravesado por sentimientos de incertidumbre sobre lo que vendrá, miedo a contraer la enfermedad, temor ante la pérdida de control y de planificación de nuestras vidas, indefensión ante la vulnerabilidad que forma parte de nuestra existencia, pero que hoy la percibimos como una amenaza. También la pandemia nos ha hecho ver, más de cerca, las situaciones de pobreza de muchas personas que han estado siempre ahí: ancianos que viven solos o cuyas familias están lejos o los han olvidado, familias pobres hacinadas en casas estrechas y para los que el permanecer en casa es más un riesgo que una protección, o incluso la falta de acceso a las redes sociales, tan preciosas en estos días, para muchos niños y jóvenes para suplir vía online, las clases presenciales y para muchos adultos analfabetos digitales. Y vemos ya los signos de serias consecuencias

sociales y económicas de esta pandemia no solo para las economías globalizadas de nuestros países, sino para las familias, para las fuentes de trabajo que permiten llevar el pan a las casas.

En síntesis, las medidas de distanciamiento social nos han hecho especialmente sensibles a la necesidad e importancia de los vínculos, la vulnerabilidad compartida a nivel planetario nos ha hecho sentir en carne propia la precariedad local, cercana de los pobres que están en nuestro barrio, en nuestra ciudad o país.

Y, ¿qué ha pasado en nuestras comunidades?

También en nuestras comunidades hemos necesitado generosidad y creatividad para enriquecer nuestras rutinas de encuentros de comida y de oración. En muchas casas, tal vez, ha sido la ocasión para abrirse a otros temas de conversación entre nosotros, sobre todo, cuando la actividad y el ministerio se han visto restringidos. Quizá, tensiones que existían entre los hermanos se han relativizado ante otras urgencias o desgraciadamente se han agudizado. En todo caso, ha sido un tiempo para reaprender a estar juntos, ya no en el apostolado, sino en la simple y oculta vida cotidiana, respetándose en sus ritmos, en sus necesidades, acompañándose con paciencia, para que nuestras asperezas no se agudicen y hagan daño a los demás. Sé de comunidades que han intensificado la oración y la adoración. Incluso algunas han creado espacios para jugar y descansar juntos en casa. En muchas comunidades los hermanos han asumido las tareas domésticas de limpieza, lavado, cocina, jardín, etc. Y, también, hemos buscado formas diversas de estar cerca de nuestras comunidades cristianas, mediante celebraciones litúrgicas accesibles por las redes sociales, cursos, retiros, oraciones incluso de juegos y actividades recreativas para hacer en casa. Nuestra celebración eucarística, en nuestras capillas se han visto enriquecidas por el compartir más sobre la Palabra, hacer presente a las personas que nos piden orar por ellas o simplemente en el silencio de la adoración, a los pies de Jesús, le presentamos a nuestra humanidad en espera de salud y paz y le preguntamos qué es lo que tú quieres de nosotros ¡Qué bien le ha venido a nuestra fe en tiempos de pandemia el vivirla en su dimensión más doméstica y familiar, atenta a la vida del mundo y de nuestros hermanos!

"En nuestras comunidades hemos necesitado generosidad y creatividad"

También han surgido iniciativas caritativas mediante la ayuda en alimentos o en medicinas, o comedores donde encontrar comida y acogida. Y el precioso servicio de la escucha al hermano en casa y también a las personas que están solas o resienten con más fuerzas las medidas de aislamiento: los enfermos, los ancianos, las personas diversamente hábiles, los presos. Esa capacidad de respuesta rápida a las necesidades de los pobres, en red con otras instituciones estatales u de otras confesiones, tal vez son formas de realización de esas tan anheladas formas de ser y de servir como Iglesia.

Durante este tiempo pascual, resuenan con especial fuerza las palabras del Resucitado a los discípulos "Paz a ustedes". Lo dice, en medio de los miedos que experimentan los discípulos, acogiendo sus dificultades para reconocerlo viviente cuando lo han visto morir. Para hacer creíble su nueva presencia, el Resucitado busca pacientemente recrear los



vínculos allí donde su muerte los había roto. Los vínculos desde el corazón de cada discípulo, iluminando con sus palabras la tristeza que ciega al entendimiento de las Escrituras y abriendo con sus gestos a la hospitalidad de su discreta presencia. También rehace y fortalece los vínculos entre los discípulos y discípulas. Tomás, que espera ver la marca de los clavos y el costado herido en la carne del Resucitado, como si pidiera al Señor que no se olvide de nosotros y del sufrimiento de la humanidad. María Magdalena que, buscando el cuerpo muerto de su amado Jesús, encuentra a su Maestro, al Señor Resucitado. Él ahonda las relaciones con sus discípulos. Para ello, María Magdalena debe dejarlo partir e ir a decir a los discípulos que, de ahora en adelante, lo descubran más que nunca en su hermano y que su Padre, es el Padre de todos ellos. Y para que esos nuevos vínculos de Jesús resucitado se visibilicen, Él se hace presente en medio de la comunidad reunida en su recuerdo y en su

nombre. Allí él está diciendo "Paz a ustedes", allí circula y crece la noticia de los testigos que han visto a Jesús Resucitado. El Espíritu que sopla Jesús sobre sus discípulos y que sigue animando a su Iglesia, es la que nos hace arder el corazón y nos da la inteligencia para leer las Escrituras y la historia y reconocer sus huellas resucitadas.

Este mismo Espíritu suscita hombres y mujeres para estar cerca de los sufrientes, como lo hizo nuestro hermano Damián con sus compañeros de infortunio y de esperanza en Molokai. Impresiona ver cómo Damián buscó decirles hasta qué punto Dios los amaba y nos los abandonaba. Para los arrancados a la fuerza de todo vínculo familiar y social, Damián se hizo cercano, compartiendo con ellos sus casas, su comida, sus largas esperas, el calor de los vínculos vividos en su condición de reclusión, su enfermedad y su muerte. Y con ellos, y animado por la fidelidad del Buen Señor Jesús, cuidó de los cuerpos de los vivos y de los muertos. Y con ellos, más allá de las fronteras confesionales, adoró al Señor presente en la Eucaristía y lo sirvió en los leprosos.

¿Qué pasará después de esta Pandemia?

No lo sabemos mucho. Lo que sí sabemos y deseamos es que las cosas no pueden seguir como antes. Y así como tendremos que aprender a convivir con el coronavirus en nuestro cuerpo para que podamos encontrar su antídoto, espero que lo que hemos aprendido en este tiempo no lo olvidemos. Una humanidad más reconciliada con su vulnerabilidad, modos de habitar nuestro planeta más como cuidadores que como depredadores, más cerca y más interdependientes unos de otros, y nuestras comunidades y cada uno de nosotros, caminando junto a los hermanos y hermanas con sus penas y tristezas a cuestas, como lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús, como lo hizo Damián con los compañeros de destino, en Molokai.

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc
Superior General